

TIEMPOS CRUZADOS EN *BALÚN CANÁN*
DE ROSARIO CASTELLANOS
(Time in *Balún Canán* by Rosario Castellanos)

Pol Popovic Karic*
Tecnológico de Monterrey, México

Abstract: The main characters of *Balún Canán* by Rosario Castellanos embody different concepts of time. Matilde tries to reverse its motion. The time flow is the enemy that she tries to dismantle. Ernesto looks back at his past and does everything to bury it and to move as swiftly as possible toward the future. The nanny differs from the other two characters, remains indifferent to the past and to the future. The present time is her home and she does not wish to change it.

Keywords: Mexican literature; Rosario Castellanos; *Balún Canán*; Time.

Resumen: Los protagonistas de *Balún Canán* de Rosarios Castellanos personifican diferentes tiempos. Matilde intenta invertir el movimiento del tiempo, su flujo es el enemigo que ella trata de dominar. Ernesto mira hacia su pasado y se esfuerza por enterrarlo y moverse tan prestamente como sea posible hacia el futuro. La nana, contrariamente a los otros dos personajes, permanece indiferente al pasado y al futuro. El presente es su casa que no desea cambiar.

Palabras clave: Literatura mexicana; Rosario Castellanos; *Balún Canán*; Tiempo.

1. Introducción

Esta novela de Rosario Castellanos es parte de su trilogía indigenista, se sitúa en la primera mitad del siglo XX y reproduce con pinceladas histórico-culturales un enfrentamiento entre el mundo ladino –los terratenientes blancos– y la comunidad indígena. La trama de la novela gira en torno a la reforma agraria, promovida por el presidente Cárdenas, y al empeño de los primeros por preservar sus posesiones y de los segundos por adquirirlas.

* Dirección para correspondencia: Eugenio Garza Sada 2501, Mty., México [pol.popovic@itesm.mx].

Matilde pertenece a la clase social de los terratenientes blancos aunque para ella el tema político es subordinado a la problemática personal. La soledad y el deseo de formar un vínculo familiar forman el núcleo de sus preocupaciones cotidianas. El hombre que atrae su atención, Ernesto, tiene que lidiar con su ilegitimidad, falta de aceptación por la familia Argüello y la pobreza en la que ha vivido con su madre indígena. Estos dos personajes ocupan un extremo y el centro de la balanza étnica, Matilde el lado ladino y Ernesto el centro mestizo.

Al otro extremo de la escala racial, se ubica la nana. La mujer indígena cuya función primordial se basa en la educación de la niña cuyos padres se aferran a la conservación de sus tierras y privilegios. La nana introduce una cultura ajena a la casa de los Argüello y este nuevo aire se vuelve portador de conflictos y trastornos en el seno familiar.

El propósito de este ensayo consiste en mostrar distintas maneras de vivir en y sentir el flujo del tiempo de estos tres personajes. Las nociones temporales empapan de distintas maneras sus decisiones y existencias. Matilde es arrastrada hacia el pasado - particularmente después del aborto de su bebé -, Ernesto se debate para abrirse el camino hacia el futuro y la nana permanece bajo el imperio del presente.

Estas tendencias temporales de los protagonistas son productos de la amalgamación de las características individuales con las perspectivas socio-culturales de su época. Aunque sus modos de ser son distintos, al compartir el mismo espacio, ellos impactan mutuamente sus existencias y, por tanto, sus conceptos de tiempo chocan violentamente.

2. Matilde y la sombra del pasado

La mirada de Matilde que se posa sobre sus canas y arrugas, al igual que la constatación de la flaccidez de su piel, le recuerdan el paso del tiempo. La conciencia del inexorable devenir –movimiento hacia adelante– conlleva el deseo de frenarlo y, de ser posible, invertir su movimiento que la arrastra hacia un futuro incierto e indeseable.

Como el paso del tiempo no mengua, la amargura se acumula pesando cada vez más sobre la mente y el cuerpo de Matilde. La noción de derrota ante el enemigo impalpable se vuelve paulatinamente más obvia e inevitable. No se trata de una derrota violenta ni instantánea sino de un modo de estar, y luego de ser, que delata una debilidad ante las fuerzas de la naturaleza.

De esta debilidad nace la inseguridad que se instala en el *modus vivendi* de la protagonista. Su mente la ase y transforma en un arma contra el tiempo. Así, la inseguridad intenta frenar el ritmo natural del tiempo actuando sobre el lenguaje y el cuerpo.

El lenguaje conlleva hipotéticamente un impulso social que permite a Matilde: seguir el ritmo de vida de la familia, participar en discusiones nimias, comunicar sus afectos a Ernesto y continuar la coexistencia con los seres que la rodean. Sin embargo, el lenguaje resulta entrecortado y detenido por las tensiones de Matilde que intensifican su adversidad con el tiempo.

Las palabras suspendidas o heridas redactan el guión para la actuación del cuerpo de Matilde. De tal suerte que la inseguridad impone la ley de ausencia al cuerpo al igual que ha

aplicado la del silencio a las palabras. Matilde se apresura a llevar a cabo sus faenas cotidianas para retirarse a su recámara y volverse invisible e inaudible.

La ausencia funciona como una huida o una extracción de la vida que rueda por el camino de la cotidianidad. El encerramiento desplaza la vida rutinaria y aproxima el cuerpo de Matilde al estado vegetativo. Se vuelve una planta que intenta subsistir en el espacio cerrado para sustraerse a los embates del tiempo y de la naturaleza.

La protagonista encuentra una vía de supervivencia en el estancamiento dentro de su recámara como si este espacio prefigurara el del ataúd en que el tiempo se para y asienta¹. Ahí, sus palabras y las ajenas se ahogan en el silencio, las miradas se desvanecen en la oscuridad y el tiempo toma cauces menos inclinados y más propicios para vegetar. En otros términos, experimenta la muerte en vida.

Mientras el cuerpo de la protagonista lucha por cumplir con sus faenas, la mente lo abandona para que este falle u olvide sus encomiendas. La amargura incita a la mente a tomar un sendero independiente del que emprendió el cuerpo: seguir la huella del tiempo real. Sin embargo, en ocasiones, la voz de Zoraida sacude a Matilde como el repique de campanas para sacarla del torpor:

—Niña Matilde, necesito una tapa de panela.

Sobresaltada, Matilde desató el llavero que llevaba prendido a su cinturón [...] y fue a la despensa (118).

En el seno de una familia trepidante de actividad, el aletargamiento del cuerpo, de la voz y de la mente aproxima a Matilde al borde de la inexistencia. Este adormecimiento introduce paulatinamente el deseo de muerte. La dificultad de seguir el camino de la vida cotidiana implica el desvanecimiento de la esencia vivencial de la familia.

Irónicamente, al acariciar el *tánatos*, Matilde despierta el impulso de vida; una tendencia activa a su contrario². Al tocar fondo, se estremecen los afectos de Matilde y la impulsan hacia adelante. El cuerpo y la mente, unidos en esta ocasión, vislumbran un rayo de luz que surge de Ernesto. Es una luz difusa pero, en la oscuridad en la que mora Matilde, representa una vía que le permitiría seguir el paso del tiempo. Por ahí, se perfila la endeble esperanza en la que aún palpita la vida a pesar de todos los argumentos reprimidos y verbalizados de Matilde sobre su vejez e inutilidad.

La imperfecta palanca, que representa Ernesto, se apoya en los sentimientos de Matilde, da un empujón al tiempo estancado y promueve la gestión de una nueva vida. Es un momento parte aguas en la existencia de esta. Antes de la concepción de su bebé, la vida de la protagonista estaba estirada principalmente por dos fuerzas: el pasado, que la hundía en

1 En su ensayo “La función textual del espacio topográfico en *The Plumed Serpent*, de D. H. Lawrence”, Nora Marisa León-Real Méndez analiza el espacio narrativo como una estrategia de construcción del significado: “como método de creación del mundo, como técnica de formación del espacio” (549). En *Balún Canán*, la permanencia de Matilde en la recámara convierte este espacio a la vez en un refugio y en un encerramiento.

2 Véase la manera en que los contrastes surgen de la literatura y forman las ironías, tal y como fueron presentadas por Wayne Booth, y retomadas en “What’s irony?” de Pol Popovic Karic. En este se expone la problemática noción de lo obvio y de lo oculto en la manifestación de la ironía en un texto y su efecto sobre el lector.

el estancamiento, y el futuro, más débil, que la atraía con un perplejo encanto por Ernesto.

A priori, la llegada del feto refuerza el estirón del futuro. El deseo de vivir de Matilde parece remozar con la nueva vida que se expande en su cuerpo. Las palpitaciones de dos seres se conjugan para halar la cuerda del futuro y superar la cuesta del pasado. De allí surge un adolorido deseo de atraer la atención de Ernesto que se mezcla con una fuerte dosis de decepción: “Mírenlo. Ahí va caminando, sin dignarse mirar para atrás. ¿Y para qué me va a ver? No quiere nada de mí, me lo dijo. ¿Qué puede querer un hombre como él de una vieja como yo?” (Castellanos 2005: 154).

El pasado y el futuro ejercen fuerzas simultáneas y fluctuantes sobre Matilde. En este esquema de jalones, la nueva vida no es siempre un argumento en favor del futuro, también representa el deslizamiento hacia el pasado. Enfrentar el futuro sin Ernesto—quien desde la perspectiva de Matilde la rechaza—en una lucha por la supervivencia de dos seres dentro de una sociedad conservadora implica un desafío formidable. La anticipación de tal desenlace se transforma en una vuelta de la rueda de tiempo cuesta abajo y Matilde se encierra de nuevo en la soledad de su habitación.

Antes de la concepción del feto, los caminos temporales del pasado y del futuro parecen indefinidos. La mente de Matilde se desliza por ellos sin toparse con ningún referente específico relacionado con un cambio drástico en su existencia. Sin embargo, el feto llega a suplir esa ausencia, se transforma en un categórico límite temporal. La madre ya no está en una intemperie atemporal que no tiene ni un inicio específico ni el momento de cierre definitivo. Ahora, el nacimiento del bebé representa un momento crucial que forzosamente cambiaría la existencia de Matilde. Después de este acontecimiento, no encontraría ni un instante de paz o silencio en la hacienda de César Argüellos.

La nueva fórmula existencial—que comprenden el feto al igual que el cuerpo y la mente de la madre—apunta hacia un ascenso vertiginoso de la tensión. El crecimiento del feto aumenta la tensión física que se refleja en el incremento de la psíquica. La tensión y el límite temporal que impone el feto se transforman en la falla existencial de Matilde. Esta tiene que superarla siguiendo el rumbo de la vida o derrumbarse en sus profundidades.

En esta etapa crítica, se reintroducen los efectos de la inseguridad de Matilde sobre su uso de la palabra. No logra verbalizar su situación ante Ernesto ni ante la familia que la rodea. Su inexpresividad, entre otras brechas que la separan del mundo externo, la encausan hacia el estancamiento y obstaculizan la continuación de su camino.

La familia toma las cartas en sus manos y extirpa la bomba de tiempo que palpitaba en Matilde. La ausencia de cualquier manifestación de Matilde, ante los hechos que atañen a su existencia y a la de su feto, la ubica definitivamente en un remanso temporal en el que pierde por completo el poder de actuar. Se rinde ante las fuerzas del destino, sus intentos de autodeterminación han sido neutralizados por las fuerzas del tiempo y del entorno. Su respuesta a los traumas y desafíos del presente se basa en un ausentismo metafísico, se diluye en un presente que se separa del flujo del tiempo. Flota, aligerada por su inactividad y la pérdida del feto, resignada ante las fuerzas del destino.

Su indeterminación se interrumpe con una vaga intención de imitar los comportamientos que los otros le han reservado. La imitación es un punto medio o la vacilación entre la re-

signación y la actuación. Al igual que el mundo ha extirpado una vida de sus entrañas, ella intenta exprimir la vida de sí misma.

Al tomar la decisión de ahogarse, Matilde imita la postura del mundo externo. Unos se enfocan en su feto y ella en el resto de su cuerpo. Después de perder el bebé, abandona sus esfuerzos de retirarse de la vida cotidiana –o continuar la marcha desesperada hacia el futuro– y trata de implementar el principio de estancamiento definitivo. El acto drástico contra su feto sirve de disparador del otro contra ella misma. Matilde se vuelve la extensión de la violencia que ejerce el mundo externo para acallar su voz y eliminar los hechos que la arrinconaron en un presente doloroso.

El lector se percató de la contradicción entre los actos de violencia. El feto fue extraído del cuerpo de Matilde para devolverle la vida, sacarla de su depresión y reincorporarla en las actividades diarias. Sin embargo, este acto la precipita en una profunda depresión de la que intenta salir suicidándose. Lo que inició como un empujón hacia la vida resultó un retroceso hacia la muerte.

La mansedumbre de las aguas, que Matilde escoge para ahogar el resto de sus días, se asemeja al estado mental que busca en ella misma: la paz. Como si el agua fuera el tiempo detenido, intenta parar en él su desesperación. Ella contempla el remanso y se pregunta si sería capaz de disolverse en él, transformarse en su inmovilidad. Así, pararía su *segundo* reloj interno y se zambulliría en un descanso eterno.

En este intento, el cuerpo y la mente de Matilde se separan de nuevo. En el caso de las faenas diarias, la mente se ausentaba dejando que el cuerpo enfrentase y fallase en el cumplimiento de sus tareas. En la escena del remanso, la mente ingenia y promueve un plan funesto, el del suicidio; mientras el cuerpo opta por la salida al aire y el regreso al camino de una vida problemática pero *vida* de todas maneras:

Un instinto, que su deseo de morir no había paralizado, la obligaba a manotear tratando de mantenerse en la superficie y llenando sus pulmones de aire, de aire húmedo que la asfixiaba y la hacía toser. [...] La repugnancia y la asfixia la empujaban hacia arriba (156).

En el transcurso de la narrativa, la mente de Matilde opta por el estancamiento o la salida del flujo temporal; sea abandona el cuerpo en el ejercicio de sus tareas, sea lo empuja hacia el fondo del río. El cuerpo reacciona de manera opuesta, tiende hacia una existencia continua. Casi automáticamente, se somete al cumplimiento de las tareas cotidianas o se aferra a la vida.

La mente de Matilde ha sido casi siempre un aliado del negativismo, del abandono y del tánatos. Sus meditaciones se asemejan a una existencia flotante sin rumbo ni amarres; mientras el cuerpo parece poseído de un impulso de vida que persiste y se debate instintivamente. La mente le ha puesto piedritas en el camino y ha intentado descarrilarlo pero el instinto de supervivencia ha prevalecido.

En el auge de las tensiones vitales de la protagonista, el momento en que declara a gritos sus afectos por Ernesto, la mente de Matilde se ausenta de nuevo. Su razonamiento parece

abrumado por la ira de la mujer ultrajada que declara póstumamente su amor a Ernesto. Parece que la voz vibrante de la protagonista proviene del lado erótico-afectivo que pertenece al cuerpo y que este se esfuerza por última vez para liberarse de las ataduras del pasado y franquear un obstáculo adicional en su camino hacia el futuro. Sin embargo, la expulsión de la casa de los Argüello para en seco su intento, la entrega a la maleza de la campiña y, por ende, a la muerte.

Permanece una duda sobre el apartamiento de la mente de Matilde en el velorio de Ernesto. ¿La mente fue desplazada por la irrupción del instinto de vida herido o fue una aritmia adicional de la mente que dio la espalda a la existencia de Matilde en el momento crítico? La segunda opción implicaría que la mente la dejó sola para que su impulso hacia vida la lleve a la muerte. Ella confesó y César la desterró.

3. Ernesto: el contrapunto de Matilde

El gran obstáculo en el avance de Matilde hacia el futuro se fundamenta en su edad. El síntoma brota en la superficie de su cuerpo pero ella lo interioriza, forja un estado de ánimo empañado por el paso del tiempo. En el caso de Ernesto, la proyección hacia el futuro también está obstruida por el pasado pero el disparador de esta problemática proviene del mundo externo. Este lo hace retroceder en el tiempo poniendo el dedo en su llaga que fue abierta antes de su nacimiento. La palabra “bastardo”, que los niños le lanzan jugando, es un buen ejemplo del agujoneo que surge del exterior y lo atraviesa de pies a cabeza.

Ambos personajes sufren de un tipo de absorción dañina. La apariencia de la piel de Matilde contamina su estado mental, mientras las observaciones y reticencias del entorno abruma a Ernesto. A la noción de ilegitimidad del protagonista se añadan los comentarios sobre la deuda, el suicidio y la torpeza de su padre. Sin embargo, estas punzadas verbales que penetran en lo más profundo de Ernesto son de corta duración. Se parecen a picaduras de avispas en comparación con las pesadas cavilaciones de Matilde. En un caso, se dan sacudidas y, en el otro, un lento ahogamiento.

Las palabras ponzososas dan en los puntos más sensibles de la consciencia de Ernesto y cuestionan la lógica de sus propósitos. Por un lado, la ilegitimidad lastima su orgullo que se basa en la consanguineidad con la familia Argüello. Por el otro, el desprecio por su progenitor cuestiona el camino de su vida trazado por las huellas que este ha dejado.

Las palabras de César Argüello rayan las estampas idealistas que constituyen el pasado de Ernesto y en las que este funda su identidad. El impacto destructor de estos comentarios es contundente, sustituye una serie de ideales con una realidad repugnante y nublan la vista del joven idealista obligándolo a retroceder en su historia familiar para reescribirla con un dejo de amargura.

Sin embargo, la mente de Ernesto está dotada –a diferencia de la de Matilde– de un mecanismo de autodefensa. Obstinadamente, este reconstruye –por lo menos parcialmente– la imagen pintoresca de su padre y su relación filial con él. Esta destreza imaginativa le permite fantasear con el valor simbólico de su apellido y, en el plano concreto, subsistir en la hacienda de su “tío” recordándose que su apellido le otorga un lugar legítimo en esta.

Ernesto implementa sistemáticamente el mecanismo de represión de la información indeseable³. Aunque los embates de esta lo golpeen de improviso y lo hagan titubear, Ernesto conjura la información realista y lleva a cabo tan bien que mal sus tareas diarias. La rutina devela una mente convencida que su método es adecuado para trascender y ubicarse en el lugar que le corresponde. La vida cotidiana de Ernesto encarna la lucha existencial y manifiesta su capacidad de aguantar las adversidades.

Matilde paulatinamente abandona las faenas diarias para encerrarse en su espacio físico y mental. Intenta parar el paso del tiempo y ocultarse de las miradas que siguen sus transformaciones. Como si fuera su contrapunto, Ernesto permanece aferrado a su rutina. Cotidianamente, se levanta y da la cara al mundo, asume la carga de sus obligaciones aunque estas impliquen humillaciones y faenas absurdas como puede ser la práctica docente –sin tener ningún estudio en esta área– o la lectura de textos a niños indígenas que no entienden ni una palabra del español que él utiliza.

El deseo de continuar la lucha funciona a la vez como un triturador de nociones denigrantes y un catalizador de la actividad física. Su mente y su cuerpo funcionan a la par para vigorizar sus esfuerzos. Los estirones hacia el pasado doloroso son amortiguados por la mente y la enérgica proyección hacia el futuro está asegurada por el cuerpo. La mente moldea la idea del futuro y el cuerpo materializa su proyección.

El contraste entre el goteo de vida de Matilde y los chorros de Ernesto representa la diferencia fundamental entre sus existencias. Los intervalos entre las gotas crean un vacío temporal en el que se produce el estancamiento y el retroceso. A diferencia de Matilde, Ernesto elimina estos vacíos colmándolos con la actividad corporal y mental; en otros términos, con rutina y fantasía.

La propulsión de vida a chorros es asegurada por la bomba vital de Ernesto. Él no se permite el lujo de cavilar sobre los hoyos negros que agujerearon su historia y que podrían facilitar su deslizamiento hacia el pasado. Al contrario, se lanza hacia la conquista del futuro. Su meta, acaso inalcanzable pero omnipresente, contrasta simbólicamente con la pérdida del feto de Matilde. Ella no se atrevió a luchar por el futuro. Se resignó y se hundió en un vacío abierto por las aflicciones. Uno borra sus obstáculos y pinta el futuro con los colores vivos del optimismo, mientras la otra arruga el mundo que la rodea y lo reduce a una caricatura pesimista de ella misma.

La apatía de la protagonista se refleja en la incapacidad de definir y verbalizar su meta con precisión. Al igual que era incapaz de comunicar sus sentimientos a Ernesto y a la gente que la rodeaba, no logra definir su estrategia. Siente un nebuloso anhelo por Ernesto pero no descarga oportunamente un comentario explícito sobre sus intenciones afectivas, eróticas, sociales o matrimoniales. Se queda como una niña ante un pastel sin decidirse de cortar una revenida o de alejarse de él.

El espíritu combativo de Ernesto no duda en enfrentar las adversidades gracias a sus convicciones y obsesiones. Su visión es lineal y su marcha acelerada porque para él existe solo una meta y el resto del mundo queda catalogado como distracción.

3 Véase la noción de lo indeseable en Kierkegaard. El sujeto irónico se siente impulsado por un espíritu de libertad de cancelar su indeseable entorno y de crear un ambiente más propicio para su existencia. A diferencia de Ernesto, el ironista de Kierkegaard es consciente de sus actos de cancelación y creación.

Aunque exista un latente intento de compensar la pérdida del “tiempo escurrido” dando un paso hacia Ernesto, las huellas temporales dejadas sobre el cuerpo y la mente de Matilde se vuelven fuerzas maestras en el sabotaje de esta proyección. Como si fueran cuchillos, las arrugas cortan el hilo temporal que la sujeta al porvenir⁴. Se vuelven enemigas de la vida y promotoras del *tánatos*. La estética se vuelve esencia.

La apariencia de Ernesto también figura en la lista de preocupaciones. Su ropa andrajosa representa un puente entre el pasado y el presente. A cada extremo de este puente, yace una dolorosa verdad que se comunica con la otra. Por un lado, el abandono paterno permitió que su esposa e hijo se hundieran en una existencia mísera; y por el otro, el desdén de la familia Argüello mantiene a Ernesto en un punto intermedio entre sirviente y conocido.

Al posarse sobre su ropa deshilachada y el calzado desgastado, la mirada de Ernesto se transforma en un disparador de evocaciones dolorosas. Los elementos concretos tienen la desventaja, en comparación con las palabras, de acompañar a Ernesto a lo largo de su rutina diaria. Su mirada se vuelve adversa a su estrategia de eliminación y represión de elementos indeseables. El hilo descocido del borde de su manga se transforma en una pieza mnemónica que encausa las amarguras del pasado hacia el presente.

Las hilachas que enredan a Ernesto en el pasado cubren un trecho temporal más largo que la problemática noción de vejez de Matilde, por lo menos, respecto a la edad de cada uno. En el caso de este, las palabras sobre su ilegitimidad apuntan al momento anterior a su nacimiento mientras la vejez de Matilde surgió a lo largo de su vida adulta.

Mientras uno tuvo que aprender a vivir con su “desdicha” desde los primeros pasos y contactos con la sociedad, la otra la enfrentó en su madurez. La problemática de Matilde no surgió en un momento anterior a la formación de su conciencia sobre su lugar en el mundo, como se dio en el caso de Ernesto. Acaso por esta *proximidad*, ella no tiene suficiente espacio para alejarse de su problemática y contemplarla a fin de concebir una solución similar a la de Ernesto.

Además, la tensión de Matilde es continua. La rueda del tiempo la aplasta y arruga sin tregua; su pisada atraviesa el presente y continúa su trayectoria hacia el futuro. En ningún momento, su mente siente la posibilidad de que la rueda se pare; mientras Ernesto ocasionalmente da rienda suelta a sus fantasías y forja castillos en el aire soñando con su repentina aceptación por sus parientes: “Y de allí en adelante [César] no querría dar un paso, sino guiado por los consejos de su sobrino. Además, querría recompensarle con dinero”(213).

Acaso por la concentración de su mirada en el futuro, Ernesto logra vencer la tensión de los hilos que lo estiran hacia el pasado. Sus obstáculos están ubicados en lo pretérito y, según su perspectiva, la vida lo lleva hacia el lado opuesto. Esta ruptura entre los sentidos encontrados de los tiempos vitales permite al protagonista vencer, por lo menos parcialmente, el cerco de su desgracia.

Desde esta ruptura, creada entre el pasado tenebroso y el futuro prometedor, nace la esperanza de Ernesto que le permite fantasear, soñar y más que nada enfrentar el presente.

4 Véase el concepto de tiempo en Beltrán. En este artículo, el autor estudia distintas progresiones temporales en las que el fluir individual se opone al colectivo. De manera homóloga, Matilde “escinde” su vida del tiempo histórico o colectivo.

Por otro lado, la ausencia de la esperanza en Matilde produce la mortificación de su tiempo personal y de su cuerpo. Uno avanza hacia el futuro y la otra retrocede hacia el pasado.

4. La nana y el presente

Los tiempos turbios, cuyas corrientes agitan a Matilde y Ernesto, se serenán al desembocar en la vida de la nana. En su cauce, no hay fuerzas malignas que provienen del pasado para apesadumbrar sus andanzas cotidianas; tampoco existen anhelos que aviven su marcha hacia el futuro. Esta mujer indígena reposa en el presente⁵. No hay fuerzas externas ni deseos personales que la estiren hacia el pasado o la empujen hacia el futuro. Su quehacer diario la mantiene en un presente inmóvil a pesar de los cambios socio-políticos que sacuden México y a la familia Argüello a la vuelta del siglo veinte.

La vida de la nana fluye a un ritmo lento y continuo, se apoya en el tiempo real y el místico. El primero se desdobra como una alfombra sobre la vida cotidiana en la que confluyen los ladinos y los indígenas. En este presente, la nana pasa la mayor parte de su vida, ofrece sus servicios a la familia Argüello y les sirve de enlace con los indígenas.

Su rutina permanece fundamentada en la paz que se revela en el cariño que manifiesta en la interacción con la niña. Libre de prejuicios morales de los ladinos y cerca de la naturaleza, la nana crea un mundo pintoresco en la tierna mente de la niña. La paz de la nana llega hasta su protegida aunque esta a veces ofrece una leve resistencia a sus enseñanzas: “Es india, está descalza y no usa ninguna ropa debajo de la tela azul del tzec. No le da vergüenza. Dice que la tierra no tiene ojos” (Castellanos 2005: 10).

El flujo de palabras de la nana se desliza sin esfuerzos ni contratiempos, todos sus pensamientos se conjugan con la edad ingenua de la niña. Sus moralejas afectuosas sobre la naturaleza y las leyes universales que rigen el comportamiento del hombre –rico o pobre– no tienen edad; son, como la nana, sempiternas y omnipresentes. No caducan ni cambian, sus historias son siempre actuales y nutren la mente de su niña que las absorbe como una esponja.

Las palabras de la nana se parecen a la leche con que nutrió a la niña, no tienen caducidad, se transforman en un ser que crece y las absorbe sin darse cuenta de esta ósmosis. La tranquilidad de la nana acuña la palabra que corre y se mezcla con la imaginación de la niña asombrada. Así, la palabra de la nana y la niña se unen, crecen y vuelan por senderos fantasiosos en preparación para los caminos tortuosos de la vida real.

El tiempo real de la mujer indígena está profundamente anclado en el presente. El coche que sus amos aprestan para el viaje a Chactajal es visto como un demonio que amenaza con desarraigarla de su tiempo y espacio. Por tanto, no duda en poner distancia entre ella y los escapes rugientes de la máquina desalmada. Este artefacto desconocido, que desafía las leyes de la tradición, no encaja en su presente y la nana lo excluye de su existencia.

La inmovilidad de la nana se compensa con la fluidez de su voz que corre mejor que el auto y lleva a la niña aún más lejos que este. El estancamiento de la nana y el movimiento de

5 Véase distintas formas del presente en *Las disoluciones de la primera persona* de Olvera Romero. Gracias a un estudio analítico de la primera persona, a lo largo de distintas épocas filosóficas, el autor muestra que el yo sigue siendo intangible y fluctuante. La nana de *Balún Canán* es un contrapunto de esta esquiua identidad que cambia de noción al salirse de las manos de Descartes y llegando a las de Locke, Hume, Wittgenstein y otros.

su voz se complementan en la creación de un mundo mágico que inspira la creatividad de la niña. Ella enreda y desenreda las palabras de la nana para llegar a sus propias conclusiones sobre el mundo concreto y el abstracto, al igual que sobre el embrollo moral y racial:

Todas las tardes, a las cinco, pasa haciendo sonar su esquila de estaño una vaca suiza. (Le he explicado a Mario que suiza quiere decir gorda.) El dueño la lleva atada a un cordelito, y en las esquinas se detiene a la ordeña. Las criadas salen de las casas y compran un vaso. Y los niños malcriados, como yo, hacemos muecas y la tiramos sobre el mantel.

—Te va a castigar Dios por el desperdicio —afirma la nana.

—Quiero tomar café. Como tú. Como todos.

—Te vas a volver india.

Su amenaza me sobrecoge. Desde mañana la leche no se derramará (11).

La destreza verbal de la nana adquiere un aspecto figurado que nutre el presente y el futuro de la niña. Cuando el tiempo real arranque a la chiquita del regazo de la nana, el recuerdo de esta le permitirá volver a los momentos que la mujer indígena ha depositado en un lugar firme y colorido de su memoria.

De esta manera, la nana deja su estampa en un lugar seguro de su protegida para que esta funcione como hilo conductor que la niña suelta al avanzar en su vida. Y en las noches oscuras, el hilo le permitirá regresar de nuevo a su nana. Los tiempos pasados con la mujer indígena se transformarán en un pasado maravilloso que volverá a brotar en el futuro de la niña extraviada.

El presente de la nana también comprende una dimensión mística. Su existencia se entrevera insoslayablemente con la cosmogonía indígena que rigen los espíritus y las fuerzas ajenas a la cultura ladina. Las épocas, la fuente de la vida, la muerte y otros acontecimientos cosmogónicos están acompañados y, en ocasiones condicionados, por los poderes místicos que encuentran su forma en las narraciones de la nana:

—¿De qué haremos al hombre?

Y éste, que no se vestía ni de amarillo ni de rojo ni de negro, que tenía un vestido de ningún color, dijo:

—Hagamos al hombre de carne (29).

El lado espiritual de la nana permanece parcialmente oculto, no lo desvela cabalmente a la niña, como si temiera por la fragilidad de su nena. Son más bien algunas piezas de este rompecabezas cosmogónico que los comentarios de la nana llevan a los oídos de su protegida.

La nana sufre embates de fuerzas contrincantes que surgen de la bifurcación de su presente. A diferencia de Matilde y Ernesto, estos golpes no provienen ni del pasado ni del futuro sino del presente. El mundo real y el místico confabulan para deshacerse del único ser que acogió a la niña.

La fidelidad de la mujer indígena al hombre blanco conjura la ira de los chamanes que le infligen una llaga a la altura de la rodilla. Este castigo, al igual que las amenazas, no logra

desarraigar a la mujer de la familia ladina. Los poderes místicos la sacuden pero sus lazos afectivos no ceden a las tensiones; *hic et nunc*, su postura permanece igual.

La confianza con la que la nana se desempeña en su vida cotidiana contrasta con la inseguridad de Ernesto y Matilde. Ernesto pugna por la realización de sus planes aunque se dé cuenta que su camino no está bien trazado, mientras Matilde vacila entre la lucha y la resignación.

También el mundo concreto ejerce presiones sobre la nana. Al recibir la información sobre el trabajo de los brujos que se llevarán al hijo de Zoraida –la señora de la majada–, la nana no duda en comunicárselo a esta. Su aplomo ante las contingencias adversas le impide callar la información o comunicarla con reticencia:

Quando respondió, la voz de mi nana ya no tenía lágrimas. Con una terrible precisión, como si estuviera grabándolas sobre una corteza, como con la punta de un cuchillo, pronunció estas palabras:

—Mario va a morir (231).

Ni las normas culturales de los ladinos –como el uso de eufemismos y las enunciaciones condicionales plagadas de “acaso” y “tal vez”– ni los golpes de la señora hacen callar la verdad que brota de la boca de la nana. Su palabra no se puede postergar ni omitir, tiene que salir a la luz en el presente de enunciación y así validar su estado de autenticidad personal.

La furia y los golpes de Zoraida obligaron a la nana a abandonar la majada pero no hicieron vacilar su palabra. La patrona logró expulsar a la indígena de su casa, la hazaña en la que los brujos fallaron, pero no logró infiltrar ni el más endeble dejo de duda u omisión en su declaración.

Las dos mitades del presente escindido, la real y la mística, son fuentes de adversidades que obligan a la nana a defender su autenticidad. Su lucha y la convivencia con la niña afirman su estatus de mujer firmemente erguida en el presente sin deseos de huir hacia el pasado ni el futuro. Su cuerpo, su mente y la palabra moran en el presente.

5. La conclusión: la majada y el tiempo

Los distintos flujos del tiempo que se manifestaron en la vida de los tres personajes–los jalones hacia el pasado y el futuro, al igual que el anclaje en el presente de la nana–son representados metafóricamente a través de la majada –casa grande– de Chactajal. Así que los tiempos reales, psíquicos y místicos que atraviesan las vidas de Matilde, de Ernesto y de la nana son plasmados en la majada. Esta sufre los embates parecidos a los que arremeten contra los protagonistas aunque estos golpes provengan de direcciones distintas y, en ocasiones, tengan diferentes efectos.

El deslustrado pasado de Ernesto y el tiempo escurrido de Matilde obstaculizan el paso de los protagonistas. Los ocupantes de la majada, la familia Argüello, también están enlazados con el pasado. Sin embargo, en su caso, no se trata de estirones que provienen del pasado sino de empujones provenientes del presente hacia el pasado. Matilde y Ernesto quieren borrar el pasado; mientras la familia Argüello desea rehabilitarlo y convertirlo en su presente. La familia de terratenientes añora los tiempos de antaño en los que el gobierno no se involucraba en los asuntos socioeconómicos de la población; mientras, los ladinos eran dueños de tierras y amos de los indígenas.

La lucha de Matilde y Ernesto por seguir el movimiento de las manecillas del reloj y el intento de la familia Argüello por invertirlo resultan, en ambos casos, una ilusión. Ninguno sale vencedor de su contienda, el tiempo parece indiferente a sus esfuerzos: Ernesto no borra las huellas de su pasado, Matilde no recupera los años perdidos y la familia Argüello no neutraliza los cambios socio-económicos que trae la Revolución.

La presencia de la majada, ante el paso de las temporadas, refleja la postura de la nana. Las paredes de la construcción aguantan las embestidas del tiempo y permanecen inmutables; hasta los muebles del interior, que llevan las huellas de múltiples generaciones, permanecen en pie al igual que la nana, quien aguantó a los brujos, a una mujer histórica y costales de amenazas.

La casa atestigua el paso del tiempo y permanece impasible ante los dramas que se desarrollan en su derredor, se vuelve un testimonio mudo de las épocas. También la nana observa con una mirada imperturbable los anhelos y los desmanes de la humanidad, que remolinean alrededor de ella, y se empeña en dar lecciones prácticas a la niña.

La permanencia de la majada como testimonio de tiempos pasados y la continuación de la vida en constante cambio reflejan la ilusión de Ernesto, quien deseó ser parte de un futuro mejor y de la permanencia ilustre de su padre. Sin embargo, la construcción permaneció, mientras la ilusión de Ernesto se esfumó.

BIBLIOGRAFÍA

- BELTRÁN, Luis (2000): "Sobre la sociología del tiempo". *Riff-Raff*. Vol. 14: 48-52.
- CASTELLANOS, Rosario (2005). *Balún Canán*. México: Fondo de Cultura Económica.
- KIERKEGAARD, Soren (1968). *The Concept of Irony with constant references to Socrates*. Bloomington: Indiana University Press.
- LEÓN-REAL MÉNDEZ, Nora Marisa (2014) "La función textual del espacio topográfico" en *The Plumed Serpent*, de D.H. Lawrence". Revista Signa(en cursiva), n°. 23, 545-562.
- OLVERA ROMERO, Caleb (2012). *Las disoluciones de la primera persona*. México: Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, 147-159.
- POPOVIC KARIC, Pol (2007). "What's irony?", *Ironic Samuel Beckett*. Oxford: University Press of America, 18-34.

PERFIL ACADÉMICO Y PROFESIONAL

Miembro Regular de la Academia Mexicana de Ciencias. Integrante del Sistema Nacional de Investigadores (nivel II). Colaborador de la Academia Norteamericana de la Lengua Española. Departamento de Estudios Humanísticos, EHCS. Tecnológico de Monterrey, Campus Monterrey, México.

Editor de antologías monográficas sobre la obra de siete escritores hispanoamericanos.

CV: <http://homepages.mty.itesm.mx/pol.popovic/>

Fecha de recepción del artículo: 30-01-2014.

Fecha de aceptación del artículo: 26-03-2014.